

SUSCRIPCIONES

Valdepeñas, trimestre. 1,00
Provincias, semestre 2,50

ANUNCIOS: precios convencionales

20 cuaplares 75 cént.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.



JUVENTUD

Periódico Literario y de intereses generales Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

CRÓNICAS VALDEPEÑERAS

Nuestra Semana Santa

Hemos querido, para no aparecer irrespetuosos, para que nadie nos pueda tachar de sectarios, para no perturbar con nuestra crítica la grandeza y majestad augustas de estos días santos, guardar silencio sobre cómo se hacen las fiestas de Semana Santa en nuestro pueblo. Pero pasada ya la serena y tranquila calma de esos días, días de meditación profunda, de recogimiento austero, que dejan en el alma del cristiano y en el corazón del creyente huellas luminosas del Infinito, séanos permitido, como cronistas veraces, hacer el análisis de aquéllas, no con otro fin ni otro propósito sino el de la corrección y enmienda.

Profundamente cristianos nosotros, sinceramente creyentes, nos gusta pasar, como fatigados peregrinos, largas horas de meditación junto a la Cruz. En esos momentos, de imponente y augusta soledad, han llegado a nuestras almas grandes y nuevas ideas, consoladoras enseñanzas, fe en un porvenir más venturoso, la certidumbre de que la redención del hombre aún no está terminada. Del terrible y sangriento drama del Calvario se desprenden ideas y enseñanzas que jamás el pensador y el filósofo podrán darnos en sus disquisiciones científicas.

Como en el sol nace y está la luz, así brota y nace del Calvario la luz que ilumina la humana conciencia, la luz que centellea y refulge en el cielo, la luz que ilumina hasta el abismo. Como la razón del hombre está en su inteligencia, y no en sus músculos, así está en el Calvario la razón de todas las cosas, la suprema inteligencia, la eterna é infinita sabiduría, cuya esencia el hombre no ve ni comprende, sino sus perspectivas, sus contornos. Pues así como la ciencia jamás pondrá en la mano del hombre una estrella del cielo para medirla y pesarla, de igual modo la inteligencia humana, finita y limitada, jamás podrá penetrar en ese sol de los soles que se llama Jesús, Dios y hombre á la vez. Ser infinito que contiene en sí todos los seres y es causa de todo lo creado.

*
*
*

Nosotros hemos aprendiendo, en esas horas de meditación y estudio, que los pueblos, para creer en un poder, y doblar ante él, humildes y reverentes, su rodilla, necesitan ver en el mismo una gran fuerza moral. ¿Cuál es la fuerza, la grandeza moral del Cristianismo?

Veinte siglos hace que apareció so-

bre la tierra; veinte siglos que su doctrina se predica, pero ¡ay! todavía nuestro pueblo y otros muchos con él no han sido cristianizados; todavía parece mentir la esencia del Cristianismo, su grandeza moral, que es su magna idea, no ha penetrado en la entraña del pueblo. ¿De quién es la culpa?

Como somos enemigos del vacío, en Religión, en política, en filosofía y en arte, somos enemigos del materialismo también. Y el materialismo en Religión es eso: el vacío y la muerte. En el vacío, el corazón no late, el cerebro no piensa, los músculos se contraen, las sienas se oprimen, y se siente una angustia en el pecho que tortura y aniquila los pulmones, que coagula la sangre, que paraliza la vida, que mata. ¡Inútil tarea para el fisiólogo, en este punto, estudiar la vida, la vida intensa, psíquica, grande! Es como si deseara estatuas de mármol, como si solo estudiara esqueletos. ¡Qué horror! ¡Qué angustia! Pues este mismo efecto, esta sensación dolorosa, experimenta todo espíritu creyente al ver las fiestas de nuestra Semana Santa.

Nunca, nunca nos hemos explicado cómo en Valdepeñas, los días clásicos, los días solemnes, más solemnes de la Religión cristiana, pasan y se suceden como si fueran días comunes, laborables, sin importancia.

Entre las costumbres de Valdepeñas, hay una que, á más de acusar la carencia de sentido moral y religioso, del espíritu cristiano, merece la mayor reprobación y la más enérgica y severa censura: tal es la de hacer día de trabajo Jueves Santo.

En todos los pueblos cultos y civilizados (y quien dice esto, dice cristianos) Jueves Santo es uno de los días más solemnes del Cristianismo. Los pueblos que no lo solemnizan, los pueblos que en ese día memorable, el primero de su redención y de su libertad gloriosas, nada hacen por conmemorarlo, dan una triste y pobre idea de que no comprenden, de que no saben su significación, de que desconocen su grandeza. ¿De quién es la culpa tal ignorancia? ¿Quién ó quiénes son los responsables de que Valdepeñas tenga tan censurable costumbre? El pueblo no la tiene, no. El pueblo hace lo que vé; practica lo que le enseñan. Si al pueblo se le hubiera dado y se le diera hoy mismo otra educación y otra enseñanza, el pueblo sería otro. Si el maestro, en la escuela, si el párroco, en la Iglesia, hubieran explicado ó explicaran (todavía es tiempo) la doctrina cristiana, la moral cristiana, sobre todo, nuestra suerte sería otra; pero en Valdepe-

ñas hemos tenido la desgracia, y seguimos teniéndola, de que los encargados, por su augusto ministerio, de instruir, educar y moralizar al pueblo, miren esto con la mayor indiferencia, cuando no con el más soberano desprecio é indigno de su elevada misión. Así estamos.

Por eso Jueves Santo da pena salir por nuestras calles y visitar nuestros templos. En las primeras ¡que soledad! con ser nuestro pueblo tan grande, con tener movimiento y zumbido de colmena laboriosa, ese día parece un cementerio. Diríase que Valdepeñas agoniza, se muere. En los segundos ¡qué pobreza! ¡qué meseria! Y cuando la pobreza es tal, la pobreza atrae, es simpática, se impone; pero cuando es el signo de la codicia, cuando es la revelación de apetitos desordenados y poco cristianos, entonces se hace odiosa, repulsiva. ¡Que entre las perversiones del sentido moral que tiene el hombre, nos explicamos al pobre avaro codicioso; pero nos horroriza y repugna como un monstruo el rico que, siéndolo, en todas las manifestaciones de su vida, hace alarde de su ruindad y su miseria. Es un caso este digno de que lo estudie el ilustre Dr. Ezquerdo.

En esos días en que la Humanidad, absorta y conmovida, fija sus ojos en el martir que está en la cruz y dobla su rodilla é inclina su frente; en esos días que por todas partes brotan efluvios de amor; en esos días en los que el escéptico más escéptico se humilla y reverencia ante Hombre que da su sangre por salvarnos, nuestro pueblo permanece indiferente, nuestras procesiones son manifestaciones tumultuosas que degeneran en la más espantosa anarquía, y nuestras fiestas religiosas, nuestra Semana Santa, tan pobre y ruin como la del más pobre villorrio de España.

Y para que esta «Crónica» no resulte, si justa y merecida, dura y acerba, hagamos punto. Pero una frase de nuestro pueblo, pintoresca y típica, ingeniosa y aguda, de suprema ironía, la estereotipa y retrata mejor que nosotros.

Paseábamos la noche de Jueves Santo en nuestra plaza y de un grupo de mujeres que salían de la Iglesia oímos el siguiente diálogo:

¿Que tal el Menemento?

—¡Que lástima! Ruin y pobre. Es el arremate.

Nuestra Semana Santa es eso: *El arremate*.

SANTIAGO S. GARRASCO.

LAS VIRGENES DEL AMOR

I

Cuando viene con su oro la luz de la primavera y hay un idilio, en los parques en sombra, por cada senda,

las pobres enamoradas y sin amor, pasan lentas por esos parques que tienen tanto amor en primavera.

Mujeres que esperan siempre, mujeres-niñas ingenuas, tienen los ojos henchidos de ilusión y de tristeza;

y sueñan con las palabras, y los besos, y la tierna ansia del amor, del pobre amor, vendado y á ciegas!

Y deshojan margaritas con amorosa impaciencia preguntándoles si hay algún galán que las quiera.

Las tristes enamoradas vagan por el parque: juegan los pájaros; en la sombra las ramas nuevas se besan.

Las enamoradas cruzan la penumbra, por las sendas donde hay bancos solitarios que á los amantes esperan.

Las enamoradas cruzan la penumbra... y el sol deja por los claros del follaje un beso en sus caras bellas.

Hay un silencio de amor en el parque, por las sendas en sombra: flota un idilio en los parajes de yerba.

Las enamoradas pasan silenciosas, tristes, lentas: la alegría está lejana... va con las novias risueñas.

Hay un silencio de amor propicio al sueño: juegan los pájaros; en la sombra las ramas nuevas se besan.

Y van las enamoradas silenciosas, tristes, lentas, por esas sendas que tienen tanto amor en primavera.

II

.. el dolor que mira á una estrella.

Victor Hugo

Leía el libro de Heine llorando sobre él, sentada bajo la umbría, en la dulce soledad de la mañana.

Leía el libro de Heine y le llenaba de lágrimas y al corazón del poeta todo el corazón le daba.

No sé cual era más triste de aquellas dos tristes almas, ni en donde había más llanto si en los ojos ó en las páginas.

Era una mujer de ensueño, espiritual, diáfana; en toda ella, en los ojos y en la boca; estaba el alma;

en los ojos transparentes, en la rosa boca pálida, en la frente y en las finas virginales maons santas.